

González Echegaray, J. Varo Pineda, F. y Carbajosa Pérez, I. (2014). La Biblia en su entorno. Editorial Verbo Divino.

amo por la deportación de sus dueños fueron siendo ocupados por los campesinos y aldeanos, que adaptaban los restos de construcciones para habitar entre sus muros, y que plantaban y recogían frutos de los campos de cultivo, siempre con el beneplácito de los babilonios que supervisaban la zona.

Al cabo de los años esto sería motivo de conflicto, cuando los descendientes de los que se habían marchado quisieran recuperar sus posesiones. Ante su abandono de hecho, habían sido pacíficamente tomadas por gente del pueblo, convencidos de que la pérdida sufrida por sus anteriores propietarios era un castigo de Dios por sus infidelidades: «¡Os habéis alejado del Señor! Somos nosotros quienes hemos recibido el país como heredad» (Ez 11,15).

Para esas gentes del campo, una vez que se estabilizó la situación, no hubo grandes diferencias con el régimen de vida que llevaban tradicionalmente. Se alimentaban de sus cultivos, de los que debían deducir una parte para pagar los tributos que se les exigían. Antes, por parte de la administración monárquica. Ahora, por las autoridades babilónicas de la provincia de Samaría. Privados de una organización estatal centralizada en la capital, retornaron a un sistema administrativo para tareas comunes análogo al que habían tenido en la época pre-monárquica, supervisado por un consejo de ancianos.

III. DESARROLLO DEL PENSAMIENTO Y LA RELIGIÓN DURANTE EL TIEMPO DEL EXILIO

1. Tentaciones de sincretismo y liturgias de lamentación para aplacar el rostro del Señor

Una de las consecuencias capitales de la caída del reino de Judá fue la dispersión de sus habitantes, y esto acabaría trayendo consigo la desaparición de sus fronteras.

Unos, la minoría más culta, fueron deportados fuera de su territorio y establecidos en Babilonia, donde deberían convivir con personas de otras culturas y religiones.

Otros, los que permanecieron en sus tierras, ya no estaban integrados en una unidad política. Las regiones altas al norte de Jerusalén pasaron a depender de una administración imperial babilónica que abarcaba toda Samaría, donde también había, desde la caída del reino del norte, gentes procedentes de muy

diversas regiones del Próximo Oriente. Los de la Sefelá, integrados en Asdod, entraron más en contacto con poblaciones de origen filisteo y mediterráneo. Los del sur desarrollaron relaciones con los clanes edomitas.

A todos les correspondió, pues, vivir en un entorno social abierto, en donde se hacía patente, por contraste, la conveniencia de marcar la propia identidad religiosa para que esta no se diluyera en un ambiente tan plural. De aquí deriva la tensión entre apertura universal y particularismo radical, característica de la reflexión religiosa en estos momentos, y que se intentará resolver de distintos modos.

Junto a esa tensión, la conquista de Jerusalén y la destrucción del templo habían producido una conmoción en algunas convicciones religiosas fuertemente arraigadas: ¿era Marduk, dios de Babilonia, más poderoso que Yahvé?, ya que al fin y al cabo se había comprobado que la ciudad santa no era inexpugnable bajo su protección. ¿Dónde quedaba el poder de Yahvé, que desde Sión dominaba el universo? En el caso de que existiera y fuera poderoso, les parecería claro que no había querido intervenir. ¿Es que se despreocupaba de su pueblo? ¿Dónde quedaban sus promesas? Una primera reacción del pueblo llano de la tierra fue la de quejarse y dejar de confiar en Yahvé. De ahí, la pronta reaparición del sincretismo religioso que desde antiguo había mantenido fuerte arraigo popular, aunque a partir de la reforma de Josías había estado en retroceso.

Sin embargo, una reacción más reflexiva ante esos acontecimientos catastróficos que se habían vivido, fue la que se concretó en lo que se podrían llamar liturgias de lamentación para «aplacar el rostro del Señor» mediante duelos y ayunos, reconociendo que las infidelidades a Yahvé habían propiciado la desgracia sufrida. Los habitantes de Judá lo harían así al visitar las ruinas del templo, a la vez que presentaban ofrendas vegetales e incienso (cf. Jr 41,5). Hay testimonios de que, incluso después del exilio, se mantenía la costumbre de ayunar varios días: uno en el mes décimo –que es cuando se había iniciado el asedio a Jerusalén–, otro en el mes cuarto –cuando se había abierto la primera brecha en la muralla–, un tercero en el mes quinto –cuando habían sido destruidos el templo y el palacio real–, y otro más en el mes séptimo –que es cuando fue asesinado Godolías– (cf. Zac 8,19 y 7,2-5). De esas plegarias y elegías quedan testimonios escritos en el libro de las Lamentaciones, en las que

se confiesa que no fue el destino, ni el poder de Babilonia, quien causó la desgracia, sino los pecados de quienes deberían haber sido un estímulo para ser fieles al Señor:

El Señor colmó su furor, derramó su ira ardiente, prendió un fuego en Sión que devoró sus cimientos. No se creían los reyes de la tierra, ni nadie de los habitantes del orbe, que adversarios y enemigos iban a entrar por las puertas de Jerusalén. Por los pecados de sus profetas, por las culpas de sus sacerdotes derramaron en medio de ella la sangre de los justos (Lam 4,11-13).

De ahí que todos deban asumir su responsabilidad para reconocer y confesar sus culpas:

Se acabó el gozo de nuestros corazones, nuestra danza se ha cambiado en duelo. De nuestra cabeza ha caído la corona. ¡Ay de nosotros, que hemos pecado! (Lam 5,15-16).

2. Revisiones «deuteronomistas» de los textos proféticos

En medio de estas circunstancias, la palabra crítica de los profetas, que siempre había resultado incómoda para las estructuras políticas de la corte, tanto de Israel como de Judá, se fue desvelando como palabra de Dios. Había advertido de las infidelidades y llamado a la conversión para evitar la desgracia, pero no había sido escuchada, por lo que la desgracia final fue inevitable. Sus oráculos fueron tomados en consideración y se fueron recogiendo, escribiendo y conservando, con particular cuidado. Probablemente en ese contexto tomaron forma estructurada unos textos en los que se recogían abundantes oráculos de Amós, Oseas, Miqueas y Jeremías, debidamente ordenados y actualizados, por parte de unos redactores a los que se suele denominar, de modo genérico, «deuteronomistas».

Esos redactores «deuteronomistas», con un estilo muy pedagógico a la vez que sencillo, invitan a aprender de los errores cometidos en el pasado, y que fueron en última instancia los causantes de la desgracia, para orientar la conducta personal en una dirección que evite nuevos desastres y abra nuevos caminos de esperanza. Precisamente, al buscar en su tradición religiosa esas normas de conducta encontraron en la ley deuteronomica un principio orientador al que ajustarse. Ley y profecía se integran como dos facetas de una única palabra con la que Dios marca a su pueblo el camino adecuado. Es posible

que las advertencias y valoraciones proféticas de los hechos se integraran en las liturgias de lamentación que, al no poder ofrecer sacrificios en el templo destruido, iban constituyéndose en momentos relevantes para la vida religiosa del pueblo. Se va preparando así el camino para la posterior liturgia sinagogal, donde la palabra ocupará el primer plano.

¿Quiénes fueron esos redactores «deuteronomistas» que llevaron a cabo esa tarea recopiladora y redaccional? Muy posiblemente se trataba de un grupo que integraba a personas de círculos proféticos, pero donde también podría haber algunos sacerdotes o levitas que habían escapado al destierro y permanecían en sus aldeas de origen, así como ancianos del pueblo. En cualquier caso se trata de gente que tenía bien asimiladas las líneas maestras de la reforma que años atrás había impulsado Josías, y que ahora, desde una tierra desolada, valoraban los acontecimientos vividos a la luz de la ley.

3. Redacción de la «historia deuteronomista»

En ese grupo se pone por escrito, por vez primera, una presentación de la historia del pueblo desde su llegada y asentamiento en esa tierra hasta el hundimiento de la monarquía y el destierro. Todo ello valorado a la luz de la ley deuteronomica, de la fe en un único Dios que exige un culto en exclusiva, y que reclama una unidad del pueblo y de su tierra, que está por encima de las variedades de tribus o clanes. Es la que se ha denominado «historia deuteronomista», y que integra sustancialmente los libros de Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes.

En su redacción se concede gran importancia al templo –del que se detalla su construcción y equipamiento–, a los reyes –especialmente a David, a quien se toma como punto de referencia–, y también a los anuncios y advertencias de los profetas acerca de la desgracia que se cernía como consecuencia de las repetidas infidelidades a la ley de Dios.

El relato se abre con un gran discurso de Moisés en el que, antes de su muerte, y a la vista de la tierra, señala los acontecimientos decisivos de la historia de Israel en los que se inscribe la promulgación de la ley. De este modo los redactores deuteronomistas dejan claro dónde radican los fundamentos esenciales de la existencia de Israel: en la liberación de Egipto que está en sus orígenes, y en la ley que recoge las exigencias que se derivan de su peculiar

relación con Dios. En su larga y pormenorizada valoración de los hechos van mostrando que el único camino posible para que el pueblo perviviese en la historia, después del cataclismo que había eliminado primero al reino de Israel y luego también a Judá, era el que había abierto la reforma deuteronomica, es decir, la señalada por la ley del culto a un solo Dios, Yahvé, depurado de toda contaminación de cultos extranjeros, sin lugar alguno para el sincretismo.

4. Religiosidad sin templo: preponderancia del contexto familiar

En paralelo a todas esas reflexiones por parte de los pocos líderes religiosos que habían quedado en la tierra tras el destierro, la religiosidad popular también fue cargándose de contenido por otros derroteros.

Tanto lo que habían sido llevados al exilio y buscaban vivir de acuerdo con su propia tradición religiosa en una tierra extranjera, como los que no se habían movido de su tierra, no tenían un santuario oficial, un templo en activo adonde acudir a ofrecer sacrificios. El contacto con Dios no podía estar mediado por el sacerdocio del templo, y cobra fuerza entonces un trato más directo y personal con Yahvé: «Señor, Tú eres nuestro Padre; nosotros, el barro, Tú nuestro alfarero, y todos nosotros la obra de tus manos» (Is 64,7). La relación con el Señor pasa a situarse en un esquema familiar, y en ese contexto cobran relevancia las figuras de los patriarcas y sus tradiciones.

Rota la estructuración del pueblo establecida por la organización del estado monárquico, Israel, volviendo a sus orígenes, se contempla como una gran familia. Por eso, los relatos patriarcales, que dan razón de los lazos existentes entre sus diversos componentes, constituyen la referencia más adecuada para comprender la identidad colectiva en esos momentos.

5. Las historias patriarcales: relatos sobre Abrahán

En los relatos patriarcales, la promesa de una descendencia numerosa y de una tierra en la que habitar (cf. Gn 13,14-16; 28,13-14) eran incondicionales, y válidas para todos sus descendientes. No dependían de sus méritos personales ni de los de sus hijos, por lo que los posteriores pecados de Israel no deberían ser obstáculo para su cumplimiento.

A diferencia de las exigencias deuteronomistas de fidelidad en el cumplimiento de unas normas que, una vez que pasó lo que pasó, había

quedado rota y tenía difícil arreglo, las promesas a los patriarcas ofrecían un firme punto de apoyo a la confianza en la reconstrucción y el renacimiento de Israel. De ahí que en ese tiempo se procediera a una magna elaboración literaria de las tradiciones patriarcales. Los exiliados pueden reconocerse en ellas y tener esperanza:

Abrahán, que era uno solo, heredó la tierra. A nosotros, que somos muchos, se nos ha dado la tierra en posesión (Ez 33,24).

En realidad, si miran su situación presente, no tendrían motivos para confiar en Dios, como no los tenía Abrahán cuando recibió la promesa de que se haría de él un gran pueblo (cf. Gn 12,2). Por su parte, para los que estaban en la tierra, frente a la tentación de emigrar a Egipto en busca de seguridad, la orden de Dios a Isaac les resulta directa:

No bajas a Egipto. Ve a vivir a la tierra que te diré. Habita en esta tierra y yo estaré contigo y te bendeciré, porque a ti y a tu descendencia voy a dar toda esta tierra cumpliendo el juramento que hice a tu padre Abrahán (Gn 26,2-3).

En todos los casos, se mantiene viva la idea de cuál es su tierra, aquella que Yahvé otorgó a sus padres. Incluso la propia vocación de Abrahán, invitado a romper sus vínculos familiares en Ur, para ir a la tierra que el Señor le ha asignado, puede ser una llamada para que los desterrados en Babilonia no se planteen permanecer para siempre en aquellas tierras fértiles, sino que recapaciten sobre su llamada a vivir en aquella tierra que Dios les señaló.

El triunfo de Abrahán en la durísima prueba a la que fue sometido cuando se le pidió que sacrificara a su hijo, única esperanza de que se cumplirían las promesas que había recibido (cf. Gn 22), es una llamada apremiante a confiar en las promesas de Yahvé aunque parezca que no hay esperanza humana de que se cumplan.

Además, la promesa que hace el Señor a Abrahán, «en ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra» (Gn 12,3b), abre una nueva perspectiva. Si en el antiguo régimen monárquico se soñaba con el sometimiento de los pueblos vecinos, el Israel restaurado será portador de las bendiciones divinas para todos

los pueblos de la tierra. De este modo comienza a vislumbrarse la vocación universalista de Israel.

6. Circuncisión, costumbres alimentarias y descanso sabático

También en el ámbito familiar durante el exilio, y en un pueblo que ya no tenía fronteras, cobró importancia una costumbre que era una confesión de pertenencia a ese pueblo allá donde cada uno estuviese, que es la circuncisión.

La circuncisión también era practicada por egipcios, árabes y la mayor parte de los pueblos vecinos a la tierra de Israel, con la excepción de los filisteos. En cambio, como en Mesopotamia no se solía practicar la circuncisión, esta antigua costumbre constituyó durante el destierro un elemento distintivo característico de la propia identidad. Tanto los textos deuteronomistas (cf. Jos 5,2-9), como más tarde también en los sacerdotales (cf. Gn 17,10-14), le

as costumbres alimentarias ya habituales
e percibieron por los desterrados como
conocer con detalle los productos que
prepararlos (cf. Dn 1,8-16; aunque se trata
en la memoria histórica de ese hecho).
an fijando leyes casuísticas llenas de
sobre los animales puros e impuros.

as la carencia de templo, la celebración
na significativa de mantener la identidad
(0,12.20). El sábado era un día de culto.
onis habían dejado de celebrarse cuando
bía de interrumpir el trabajo cada siete
día de la alianza», de la época del rey
n de hacerlo para proporcionar a los
(cf. Ex 23,12). Pero en el destierro cobró
do y distintivo de la propia identidad, a
de santificarlo, con la idea de restablecer
esitara posible hacerlo de nuevo.

as costumbres familiares durante el
Pascua. Durante la reforma de Josías la

Algo análogo debió de suceder con la
en el periodo monárquico, pero que s
distintivas de la propia identidad; al
comían los babilonios y el modo de pr
de un texto muy posterior, refleja bi
Posiblemente en ese contexto se ve
precisiones, como las de Dt 14 y Lv 11.

A la vez, ante la ausencia de frontera
familiar del sábado constituyó un form
y de tributar culto a Yahvé (cf. Ez 20
especial en el templo, pero esas ceremo
fue destruido (cf. Lam 2,6). La costum
días era también antigua. En el «Cód
Ezequías, ya se incluía la obligación
trabajadores una ocasión de descansar
importancia como elemento configura
la vez que se conservaba la costumbre
su celebración en el templo en cuanto r

También arraigó profundamente en
exilio la celebración de la fiesta de la

antigua fiesta familiar de la Pascua había quedado unida a la de los Ácimos y había adquirido un tono más oficial, con peregrinación a Jerusalén. Pero durante el destierro la celebración de la Pascua en familia constituía una ocasión excelente de rememorar, conservar y transmitir a las siguientes generaciones la teología del éxodo.

De este modo, con naturalidad, la familia como institución fue reforzando su protagonismo en la religión de Israel. Ya lo tenía en la antigüedad, de modo complementario con el culto oficial del templo, pero a partir del destierro recaerá de modo especial sobre ella la transmisión de la fe y las tradiciones, incluso cuando el templo fuera reconstruido y estuviera de nuevo en uso. El ámbito doméstico adquirió entonces en el judaísmo una función esencial que nunca perdería.

7. Ezequiel

Si entre las gentes que habían quedado en la tierra de Judá tuvo una notable importancia la figura de Jeremías, tanto en los momentos anteriores a la segunda deportación como en los inmediatamente posteriores, hay otro profeta que tendría un notable influjo entre los hijos de aquellos que fueron llevados a Babilonia en esa segunda deportación. Se trata de Ezequiel. Sus palabras les ayudaron a sobreponerse a las desgracias que estaban padeciendo.

De una parte, sufrían la nostalgia de la ciudad santa y, de otra, la prepotencia de sus vencedores (cf. Sal 137). A eso se añadían las noticias que les llegaban de que los habitantes de Judá estaban ocupando las posesiones de sus familias, a la vez que les echaban en cara la culpabilidad de sus padres en lo sucedido por haber acudido a buscar la ayuda de Egipto en vez de acatar el sometimiento a los caldeos como preconizaba Jeremías (cf. Jr 36-37). Frente a esa situación de desánimo, Ezequiel les promete que el Señor los llevará de nuevo y les restituirá la tierra de Israel (cf. Ez 11,16-21). Los invita a la conversión personal y a hacer el bien, pues no cargarán con la culpa de sus padres, sino que cada uno habrá de dar cuenta de sus propias acciones (cf. Ez 18,1-32).

8. «Deuteroisaías»

A medida que pasaban los años en el exilio, el sueño de un regreso inminente se iba desvaneciendo. La esperanza decaía, como si Dios se hubiera olvidado de

su pueblo. Veían por las calles de Babilonia las figuras de Marduk y otros dioses caldeos aclamados por las multitudes, mientras que ellos se sentían como si el Señor los hubiera abandonado para siempre. Aunque conservaran las costumbres familiares del culto a Yahvé, la confianza en una restauración del pueblo en su tierra parecía cada vez más lejana, e incluso perdida.

Pero un pequeño grupo de profetas surgidos en el destierro se encargarían de ayudarles a mirar la realidad con objetividad, confiando en Dios. Son los que los expertos en el estudio de la literatura bíblica engloban bajo la denominación genérica de «Deuteroisaías», ya que sus oráculos se conservan sobre todo en la segunda parte del libro de Isaías.

Los cambios que estaban sucediendo en los pueblos vecinos, sobre todo en Media, donde dos dinastías se disputaban el poder y, especialmente, el triunfo de Ciro en la batalla de Ecbatana en el año 549 a.C., eran hechos que invitaban a pensar que podrían cambiar las cosas, ya que sus dominadores, los babilonios, no gozaban ya de la fortaleza y seguridad de años atrás. Yahvé no los había abandonado, y debían prepararse, confiando en él, para un nuevo comienzo (cf. Is 42,9).

9. Ideales sacerdotales en los discípulos de Ezequiel

En esos últimos años del destierro, un grupo de origen sacerdotal, y muy vinculado con la predicación de Ezequiel, iría concretando cómo aprovechar ese nuevo comienzo para organizar la vida religiosa y social hasta en los más pequeños detalles, sin que se volvieran a repetir los errores de antaño. Ese proyecto es el que se recoge sustancialmente en Ez 40-48, y en él se pretende recuperar lo más genuino de las tareas sacerdotales.

De una parte, implica la convicción de que el templo es como el trono desde el que Yahvé reina con toda su gloria (cf. Ez 43,7). De otra, reclama la recuperación de la santidad que tal dignidad exige. La gloria de Yahvé había abandonado el templo (Ez 8-11) porque los sacerdotes no habían distinguido entre lo profano y lo santo, lo puro y lo impuro (cf. Ez 22,26), pero la gloria del Señor podría regresar al templo siempre que en el futuro se evitase toda profanación (cf. Ez 43,1-9).

A diferencia de la unión que al final de la época monárquica se había dado entre el templo y el rey, entre los ideales sacerdotales de esta escuela no figuraba

la reclamación de un poder político para los sacerdotes, sino la reivindicación de un monopolio en el culto, libre de otras injerencias, distinguiendo con toda claridad lo profano y lo sagrado, que no tendría inconveniente en convivir junto con una autoridad civil siempre que no se entrometiese en las cuestiones cultuales.

Cuestiones abiertas

Como ya hemos señalado, tras las deportaciones a Babilonia, el territorio de Judá no quedó vacío de sus pobladores originales. Los historiadores se esfuerzan por precisar el impacto demográfico preciso que tuvo esta deportación. En 2 Re 24,14 cuando se habla de la primera deportación, se dice que se llevaron diez mil personas, en cambio, dos versículos más adelante, en 2 Re 24,16, en el mismo contexto, se habla de ocho mil. Más adelante, tras la segunda deportación, de la que no se dan cifras, al hablar del asesinato de Godolías se dice que «entonces toda la gente, desde el más pequeño al mayor, y los jefes del ejército, se levantaron y se marcharon a Egipto porque tuvieron miedo de los caldeos». Daría la impresión de que la tierra quedaba casi despoblada. En cambio, Jeremías, que fue testigo de los acontecimientos, que acompañó a Godolías y que luego marchó a Egipto, da unas cifras totales de cuatro mil seiscientos exiliados en el total de deportaciones (Jr 52,30).

No se sabe si en esas cifras se incluyen solo a los varones, como a veces era corriente, o se intenta incluir a toda la población.

En la medida en que se pueda establecer con mayor precisión la población de Judá antes y después de esos acontecimientos, se podrá precisar mejor el número de deportados y de habitantes que quedaron, y valorar los factores que influyeron en el descenso demográfico brusco inmediatamente posterior.

Pistas de trabajo

Redacte un ensayo sobre la relación entre los acontecimientos en torno a la caída de Jerusalén y las deportaciones a Babilonia con la redacción de los libros de Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel y 1 y 2 Reyes. Le ayudará a orientarse realizar algunas observaciones de detalle:

a) Lea los siguientes textos: Jue 2,11-19; 2 Re 17,7-23. ¿Tienen algo en común?